

Marcha por los derechos de los Inmigrantes

10 de Abril de 2006

Mons. José H. Gomez, Arzobispo de San Antonio

Nos reunimos hoy en espíritu de paz y solidaridad pidiendo a Dios que su Sabiduría fortalezca a nuestros oficiales electos, que los lleve a encontrar una vía razonable para la seguridad de nuestro país, protegiendo nuestras fronteras y reconociendo la dignidad de los inmigrantes en nuestra nación.

Las Sagradas Escrituras dicen que “Cuando un forastero resida junto a ti, en vuestra tierra, no le molestéis. Al forastero que reside junto a vosotros, le miraréis como a uno de vuestro pueblo y lo amarás como a ti mismo; pues forasteros fuisteis vosotros”

Nuestro país está pasando por un momento histórico en el debate sobre las reformas de inmigración.

Vivimos en tiempos desafiantes y no podemos dejar que los diálogos terminen aquí, estancándose en retórica política y miedos innecesarios. Venimos hoy para hacerles saber a nuestros líderes, que ellos no pueden simplemente detener o retrasar este proceso. Mi oración por todos aquellos que se ven afectados, es que nuestros legisladores puedan encontrar una solución que nos unifique como personas justas y compasivas delante de Dios.

Ninguna agenda política puede ser más importante que el reconocimiento de la dignidad de cada ser humano. Hoy, llamamos a nuestros líderes a unirse para desarrollar una política pública en el marco de la justicia. Como escribí recientemente en una columna del periódico, debemos hacerles saber que “no podemos conformarnos con nada menos que con una postura sobre la inmigración que una a las familias, que provea a los inmigrantes la oportunidad de encontrar un trabajo digno y que reconozca el derecho de la gente de huir de la opresión económica y buscar una vida mejor que asegure el bienestar y la vida de su familia.”

Que nuestra misión en lo que hacemos hoy aquí sea, mostrarle la esperanza y el amor de Dios a aquellos que están luchando por ganar lo básico e indispensable para sus vidas y las de sus familias.

El espíritu de la Estatua de la Libertad, nuestro signo de bienvenida particularmente americano, no vive en una isla, vive en los corazones de las generaciones de inmigrantes que han venido aquí a hacer de éste un mejor país. Los Estados Unidos han sido siempre una nación de inmigrantes. Esa es nuestra fortaleza. Viene gente del norte, de México, y de otros países de Latinoamérica para trabajar aquí y compartir con los Estados Unidos un mismo continente, una misma fe, una herencia moral, y un mismo deseo por construir un futuro mejor.

No debemos aprobar una ley que convierta en criminales a los 10 o 12 millones de inmigrantes indocumentados. No podemos aceptar una política pública que haga también criminales a aquellos que los sirven o ayudan. Nuestra vivencia del amor y caridad no debe depender del status de inmigración de ninguna persona, como dijo Jesús, “era forastero, y me acogisteis” El forastero es el más débil entre nosotros. Ninguna ley puede prohibirnos de ser las manos a Jesús que ayuden y curen.

Queremos que todos los inmigrantes, aquellos que ya viven en nuestro país y aquellos que quisieran venir en el futuro, tengan la opción de un proceso legal y justo que responda a las necesidades económicas de nuestro país y no los fuercen a poner en riesgo sus vidas para poder encontrar los medios para poder sostener a sus familias. Nada bueno viene de la inmigración ilegal. Nadie quiere ser indocumentado. Somos una nación que decimos fomentar los valores familiares. No hay argumento más contundente para la justa reforma de inmigración que la unidad familiar. Debemos tener una política pública que dinamice el proceso para reunir esposos, esposas, e hijos sin tener que estar separados por tantos años.

Debemos de entender la angustia personal que nuestras actuales leyes de inmigración imponen sobre las familias. Debemos alentar a nuestros líderes para que creen una vía razonable de legalización para las personas honestas que contribuyen con su esfuerzo y trabajo diario al bienestar de nuestra nación.

Mientras reconocemos y afirmamos el derecho y la obligación de nuestra nación de regular sus fronteras, también desafiamos a nuestros legisladores en la construcción de una política de inmigración justa que refleje el valor y la dignidad de cada vida humana.

La Semana Santa ha empezado. Ayer, Domingo de Ramos, recordamos el camino de Jesús por las calles de Jerusalén. La gente batiendo sus palmas y alzando sus voces. “Hosannah” gritaban, “Sálvanos ahora”.

Mientras caminamos por las calles de San Antonio, -ciudad que se ha enriquecido por los muchos inmigrantes que han contribuido con una cultura rica y variada- que nuestra oración sea, “Hosanna, sálvanos ahora de la frialdad de la indiferencia y del dolor de la injusticia”

“¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos?... En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis.” Es en este momento histórico, cuando nuestra conciencia nacional se contrapone con nuestra política pública, debemos reconocer a Jesús en el extranjero que vive entre nosotros.

Debemos abrir nuestros corazones a la gracia de Dios, y dejar que esta nación le dé vida y sentido a la invitación de la Estatua de la Libertad, “[Envía estos, a los desamparados, los sacudidos por la tempestad hacia mí. Levanto mi lámpara al lado de la puerta de oro](#)”.

El reto es claro y urgente. Tenemos la esperanza de contar con la sabiduría y fortaleza para escuchar el llamado de Dios a vivir como hermanos y hermanas; y así poder construir un mundo mejor.